



tamoanchan

UNA CRÓNICA DE HISTORIA REGIONAL CENTRO REGIONAL MORELOS INAH-SEP

Epoca II-Año II-Tomo II-Núm. 86

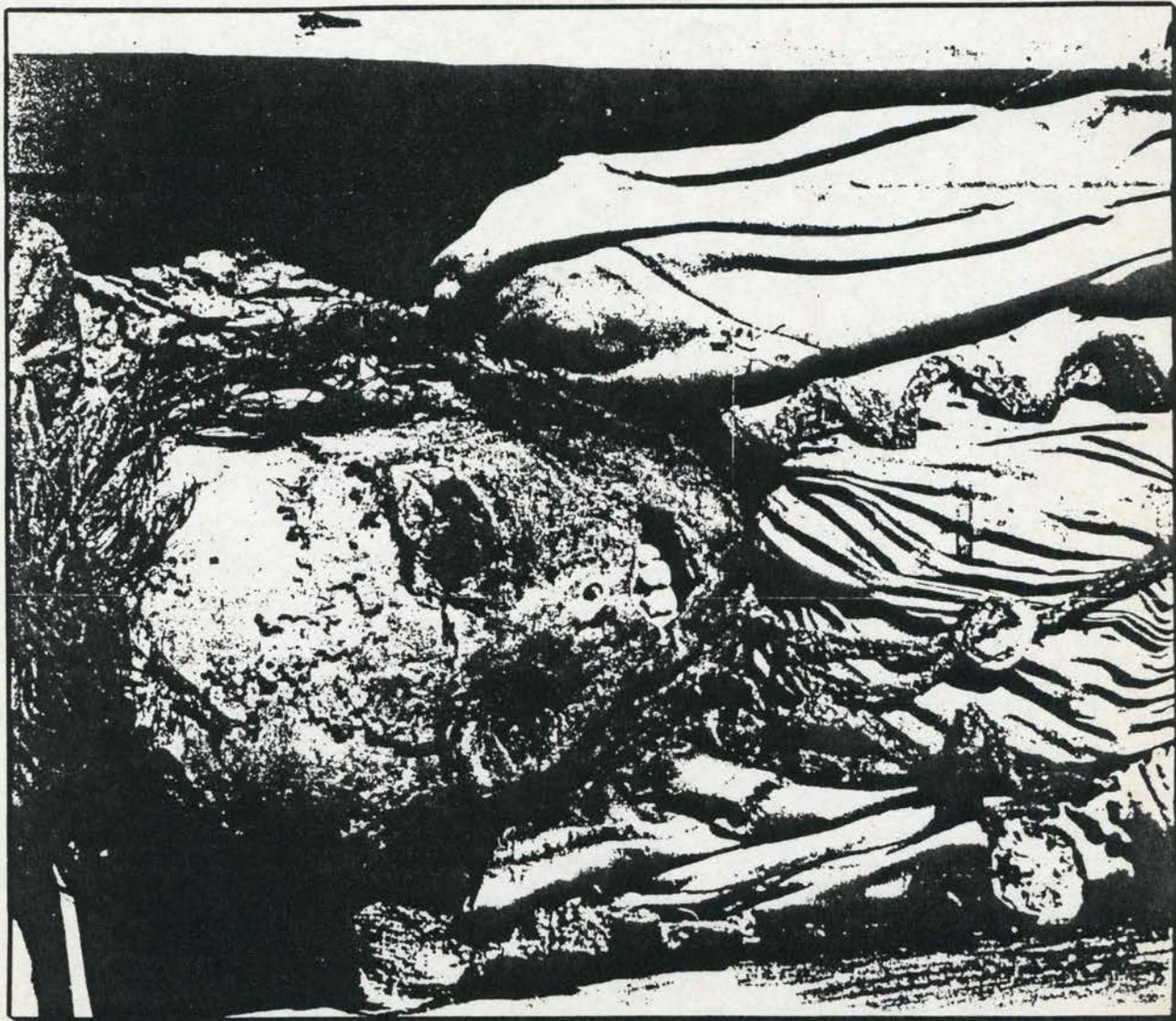
Domingo 11 de marzo de 1990

La muerte inconclusa

Momias en Tlayacapan, Morelos

(primera parte)

Arqlo. Arturo Oliveros



La muerte inconclusa

Arqlo. Arturo Oliveros

Introducción

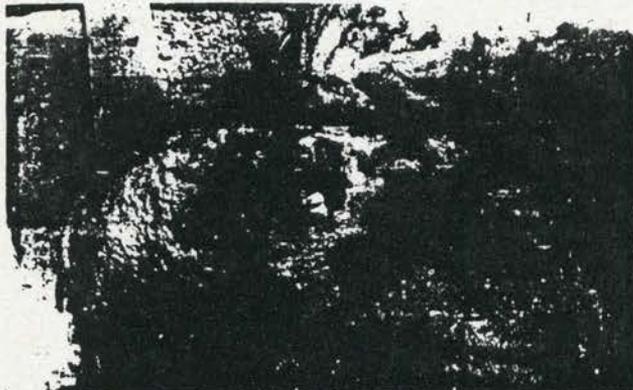
En Tlayacapan, Morelos, a mediados de mayo de 1982 los trabajadores de la SAHOP (hoy Sedue) encontraron tres entierros momificados bajo el piso de la iglesia principal, al remover el piso último y tratar de recuperar, dentro del proyecto de remodelación y consolidación de dicho inmueble colonial, sus estructuras originales. Los cuerpos momificados pertenecían a dos niños y a una adolescente, colocados en sus respectivos féretros de madera policromada y en perfecto estado de conservación.

Con motivo del hallazgo y pese a la cautela del párroco y los trabajadores, se formó entre los habitantes de la comunidad una ola de rumores de todo tipo, especialmente de aquellos relacionados

de seguir desenterrando —a puertas cerradas— ataúdes y restos de entierros secundarios, con la consecuente destrucción de datos y objetos. Para este momento se habían exhumado ya seis cajas mortuorias y sus contenidos.

El director del Centro Regional, en supuesto acuerdo con el gobernador del estado y el director general del INAH, se reunió con representantes de la comunidad, el párroco, otras autoridades federales, estatales y funcionarios del Departamento de Antropología Física del Instituto, quienes en conjunto concretaron y/o aceptaron que:

1. Al INAH, por medio de su Centro Regional y de acuerdo con la Ley Federal de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas, le competía exclusi-



con el socorrido mito de: "el tesoro de las momias". La agitación motivó tanto a las autoridades locales como a ciertos vecinos de sobra interesados en "dilucidar el misterio", quienes se abocaron a ello mediante diferentes y muy particulares puntos de vista: desde los que pretendían sacar el tesoro por ellos mismos, hasta los que preferían volver a enterrar las momias; temerosos de una epidemia o de un castigo. Algunos medios de comunicación masiva a quienes llegó la noticia, intervinieron prestos para colaborar en su difusión, anteponiendo —por supuesto— ese agregado amarillista que siempre acompaña a estos sucesos. Así, la novedad se informó por radio, televisión y la prensa noticiosa: El Sol de Cuernavaca, El Sol de Cuautla y, desde luego, también ¡Alarma!, todo lo cual completó la "emoción" que de vez en cuando requieren poblaciones como esta para alterar su diaria rutina.

El 17 del mismo mes el asunto fue comunicado por diferentes conductos, al Instituto Nacional de Antropología e Historia, en la Ciudad de México, y a su Centro Regional ubicado en Cuernavaca. El director del centro se trasladó de inmediato a Tlayacapan para dar fe del problema, y pudo constatar que las propias autoridades municipales, con ayuda de sus allegados, se habían encargado

vamente la exploración de dichos enterramientos, por lo que debían suspenderse de inmediato otras iniciativas particulares.

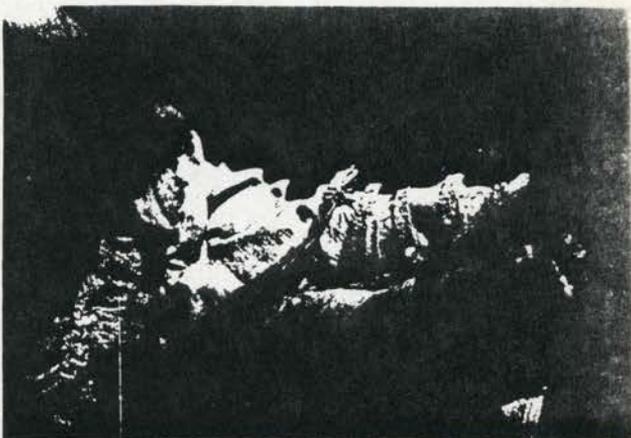
2. Las exploraciones del hallazgo se llevarían a cabo por personal del Centro Regional Morelos, INAH—SEP.

3. Toda vez que la comunidad mostraba tanto interés por dichos descubrimientos, se promovería ante las autoridades competentes del gobierno de Morelos y del INAH, la posibilidad de exhibir los restos que se obtuvieran mediante una excavación adecuada, después de ser convenientemente estudiados y preservados.

4. Se constituirá un comité: "Pro—Museo de Tlayacapan", integrado con vecinos de la comunidad, bajo cuya tutela quedarían resguardados los materiales arqueológicos obtenidos de tales exploraciones.

5. En los trabajos exploratorios, el personal del INAH sería auxiliado por diez hombres del pueblo, durante todo el tiempo requerido por la investigación; inclusive las 24 horas del día en que habían de custodiarse los entierros y el lugar de donde éstos provenían. Cada uno de los tres turnos estaría cubierto por un grupo de personas siempre diferente.

Después de discutir lo propuesto ante un sector de la población,



el acuerdo fue aceptado por unanimidad, firmándose lo necesario. La exploración se inició el 27 del mismo mes de mayo y finalizó el 30 de julio siguiente.

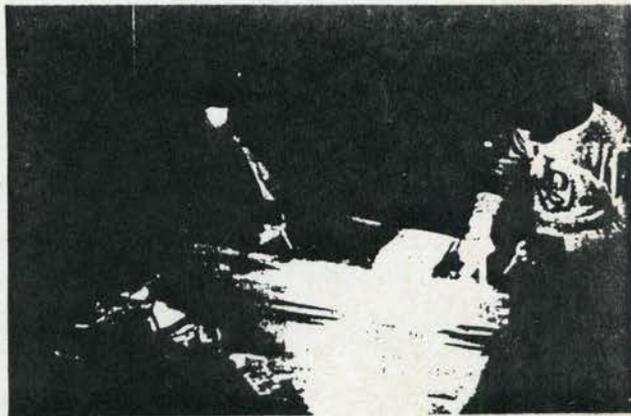
La expectación por la novedad pasó lentamente; la curiosidad y los ánimos se calmaron, así como los rumores acerca del tesoro y la desaparición de alguna de las momias, su medallón o la diadema de oro. Las excavaciones fueron organizadas cada nuevo día, con una breve plática al inicio de la jornada, ofrecida a los ayudantes—vigilantes, sobre las prácticas funerarias en la historia de la humanidad, los mitos universales sobre tesoros ocultos, y también una semblanza histórica referente al convento, durante el México colonial. En general se trataron de resolver todas las dudas planteadas por esas personas (véase anexo 1), y poco a poco se ganó la confianza de la comunidad para las labores del INAH. La oportunidad sirvió al mismo tiempo para conocer a la mayor parte de la población masculina del pueblo, todo lo cual conformó una experiencia totalmente humana y muy positiva.

Los trabajos exploratorios permitieron localizar 39 enterramientos, de los cuales hubo que dejar a 23 en su sitio por el grado de deterioro en que se encontra-

ron; el resto se sacó en la forma más cuidadosa posible y fue depositado en la pequeña sacristía de la capilla adjunta a la nave mayor. En dicho lugar permanecieron algún tiempo, en espera del cambio sexenal estatal, mismo que de alguna manera modificó el destino de estas evidencias funerarias del pasado de Tlayacapan.

Las actuales autoridades administrativas, federales y estatales, tomaron cartas en el asunto, y tocó al DIF Morelos—caso único en México— encargarse de la exposición prometida al pueblo. En lo que fue el refectorio de este antiguo edificio del siglo XVI, se exhiben nueve cuerpos momificados y objetos recuperados con la exploración, así como algunos elementos patrimoniales del convento. El resto de los entierros volvió a sepultarse en el atrio, en dos etapas: una a fines de 1982 y la segunda en agosto de 1987. Tlayacapan cuenta ahora con una sencilla pero interesante exposición arqueohistórica, de arte religioso y popular, que es muy visitada todo el año, especialmente los fines de semana.

A pesar de que en sus inicios esta exposición recibió críticas desde el DF, sobre su orientación "necrofílica y morbosa", varios años de experiencia y mucho público, han comprobado que la in-



formación bien manejada acerca de los cuerpos momificados —“la muerte inconclusa”—, logra despertar conciencia en quienes la reciben, como en este caso, sobre otras alternativas museísticas en las que destacan los importantes eventos cotidianos, ciertamente paralelos a los héroes y las fechas o los eventos memorables. El morbo y la necrofilia, de todas maneras, radican en la cabeza de algunas gentes.

Es de esperar que muy pronto la exposición de Tlayacapan se transforme en un verdadero museo local de esta comunidad, que por sus características culturales, particulares dentro de los Altos de Morelos, bien lo amerita. Es justo reconocer la colaboración de los vecinos del pueblo, pero también mencionar la ayuda recibida durante las exploraciones, de la antropóloga social Francisca Miranda, así como el interés que desde aquel entonces, han puesto en la custodia de los restos y demás obras de arte religioso exhibidas, los señores Juan Vidal e Isaías Anzures Pedraza. Al grupo de restauración del Centro Regional Morelos, encabezado por Tere Loera, se debe la conservación de las momias.

das al muro— a tres cuerpos: la puerta de acceso, un tablero central y la ventana que ilumina el interior de la nave a través del coro.

El tipo de ornamentación pertenece al estilo llamado plateresco, elegantemente desarrollado en los suntuosos edificios novohispanos de la orden de San Agustín, tanto por la ayuda económica que los catequizadores recibían de la corte y la alta burguesía, como por la ausencia de las restricciones que el voto de pobreza impuso a otros religiosos; los franciscanos por ejemplo.

Por la ubicación poniente de la fachada, tanto el ábside como el altar mayor quedan también orientados hacia ese rumbo; excepto que al interior de la iglesia dicho altar da de frente a los feligreses y por lo mismo hacia el Este: punto cardinal por donde surge la luz diariamente y con ella la vida, “la resurrección”. Con la misma idea sobre orientación, existe otro detalle relacionado con el pasaje central que comunica la entrada exterior con la puerta de la iglesia, a través del enorme atrio—camposanto. Tal andador juega un doble papel, del exterior al interior: como camino hacia la vida (espiritual)—para



con una desafiante bóveda de cañón que acentúa el aire majestuoso del recinto. Se divide en tres espacios bien definidos aparte del coro: El primero (1), que es la parte baja del propio coro (sotocoro), para ubicar la fuente bautismal y los otros elementos de purificación destinados a los feligreses antes de pasar al siguiente espacio dedicado a ellos (croquis 2). Este segundo sitio tiene tres puertas: la primera casi al centro y a la derecha de la nave, que comunica a ésta con una pequeña capilla lateral dedicada a la Tercera Orden, mejor conocida como Sagrario o Capilla del Sagrado Corazón; la segunda (27) casi al final del área, hacia la izquierda, que conduce al claustro del convento ubicado al norte, y la tercera (3) cercana a la anterior por medio de la cual se comunica este mismo espacio con la sacristía y otras zonas del claustro. El tercer espacio pertenece al presbiterio: área de los sacerdotes y antiguamente de los ancianos jerarcas del templo; este es el escenario para celebrar los oficios de la liturgia cristiana frente al altar.

El templo ha sufrido a lo largo de su existencia, desafortunados cambios y saqueos que deterioran su fisonomía original; transformaciones en la política clerical o en la civil, epidemias, persecuciones, la Revolución Mexicana, los saqueos por parte de autoridades y visitantes “cultos” del DF o de otras partes, modas y modernismos, han colaborado constantemente al desmantelamiento de este ámbito. No tiene ya, por ejemplo, sus retablos originales; perdió esculturas, gran parte de sus pinturas murales y las de caballete; se retiraron imágenes, confesionarios, el púlpito, etcétera. No queda sino el elocuente espacio que permite imaginar su antiguo esplendor. Del resto del edificio hay mucho escrito y otro tanto queda aún por escribirse; pero es asunto que aquí se sale de tema.

Los entierros

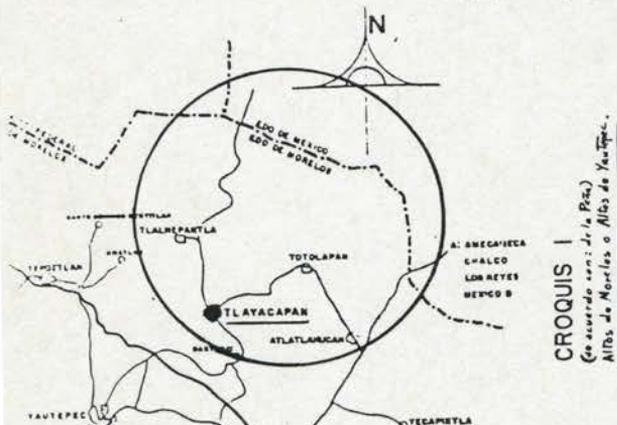
El área dentro de la iglesia, elegida para la investigación arqueológica, fue precisamente el segundo espacio dedicado a los feligreses, inmediato al presbiterio. Se excavó una superficie de 5.50 m. por los 14 m. que tiene de ancho la nave (croquis 2). Los primeros trabajos consistieron en retirar el escombros producto de las anteriores “intervenciones espontáneas” y poner orden entre los materiales rescatables que

podieran ofrecer alguna información. Se llegaron a recuperar hasta diez cráneos y por supuesto mayor cantidad de huesos largos, docenas de falanges, clavículas, fragmentos de ataúd, etc.; todo lo cual daba un triste aspecto de destrucción y saqueo.

Por medio de los peones de SAHOP se averiguó que el primer entierro (el 1) fue localizado al lado izquierdo de la entrada, junto a la puerta principal; los otros dos (entierros 4 y 10) se encontraron más o menos al centro de la nave, de donde puede inferirse que debe haber enterramientos a todo lo largo de ésta. No obstante y para no interferir con los proyectos de restauración recién iniciados, la exploración se limitó al área descrita y previamente definida.

Se detectaron hasta tres niveles de enterramientos a 1.60 m. de profundidad máxima que debió tener la excavación, aunque se ahondó un poco más a donde fue posible, para aprovechar la oportunidad de localizar alguna subestructura o cualquier otra evidencia cultural prehispánica, como podrían ser los restos de la pirámide mayor del centro ceremonial, pertenecientes al Tlayacapan precolombino, según acostumbraron hacer los hispanos en Mesoamérica. Únicamente se halló el mismo tipo de tierra arenosa característica del lugar, aunque más compacta; en ella se descubrieron varios fragmentos de alfarería del último periodo mexicano y otros de la época colonial.

Se registraron hasta 36 entierros en el área explorada y en los tres niveles de exhumaciones, aparte de las tres momias que motivaron la exploración (croquis 3), lo que suma un total de 39 enterramientos, sin incluir los diez cráneos ubicados en el escombros general. En los tres niveles se detectaron diferencias relacionadas específicamente con el grado de conservación y superposición cronológica de restos. Así, el primer nivel o grupo correspondió, lógicamente, a los entierros más antiguos; de ellos sólo pudo observarse restos óseos, la mayoría en pésimo estado de conservación. Los ataúdes se distinguieron por la diferente coloración que dejó la madera pulverizada, y sumaron un total de diez los grupos —todos adultos— localizados en esta condición (entierros 11, 14, 19, 23, 34—38—). Ninguno de ellos se movió de su lugar.



Algo referente al edificio

La iglesia en donde se encontraron las momias forma parte de un espacio conjunto monaçal fundado en 1534 por frailes agustinos. Este convento es el tercero que se construyó en la subregión natural y cultural conocida como los Altos de Morelos (croquis 1) y llegó a ser muy próspero e importante entre los trabajos de cambio social promovido por dicha orden religiosa. La iglesia fue dedicada a San Juan Bautista, como puede observarse en la leyenda latina grabada sobre su puerta principal: *Ioannes est numen eius*, allí por el año de 1574. El nombre escogido, seguramente, por alusión a la figura bíblica de “el iniciador”, pero también como reflejo de la misión que los padres tenían consigo. Para poder ubicar mejor los hallazgos mencionados, conviene describir brevemente algunos de sus componentes arquitectónicos de esta parte del inmueble: el templo. Su fachada hacia el poniente, fue decorada en base a líneas muy sencillas que enmarcan columnillas y molduras adosa-

quienes la buscan en la religión—, y a la inversa: como el último sendero por donde transitan los difuntos (actualmente rumbo al cementerio municipal) después de “asistir” a misa. De esta manera resulta evidente que la puerta de la iglesia define o limita simbólicamente, el umbral de dos de los extremos del ser humano: su vida y su muerte.

Un último aspecto a destacar en la fachada es el límite superior del imponente frontispicio de más de 30 metros de altura, el cual culmina con una elegante espadaña triangular que alberga a seis campanas y apunta al firmamento. Por todo lo anterior, es fácil entender que tales ordenamientos no corresponden ni al azar ni a detalles o caprichos de los constructores, sino más bien a una expresión de la profunda ideología agustina, reflejada en las proporciones arquitectónicas y métricas del edificio; aparte, por supuesto, de la clara posición anexionista de la orden.

La iglesia cuenta con una sola nave de 14 m. de ancho, 56m. de largo y 28 m. de altura, techada

Es importante aclarar que varios de los esqueletos pertenecientes a este primer nivel y algunos del siguiente estaban colocados sobre una capa de cal que cubría el fondo interior de las cajas que los contenían. En algunos otros (entierros 11 y 32) hubo igualmente una capa mínima de polvo, ahora de color gris, resultado probable de la desintegración de las vestimentas de esos finados. En dos casos más (entierros 23 y 24) se encontró sobre los huesos una fina capa cubierta de polvo rojo oscuro (en proceso de estudio), que bien podría ser continuidad de la costumbre prehispánica de cubrir los cadáveres con cinabrio.

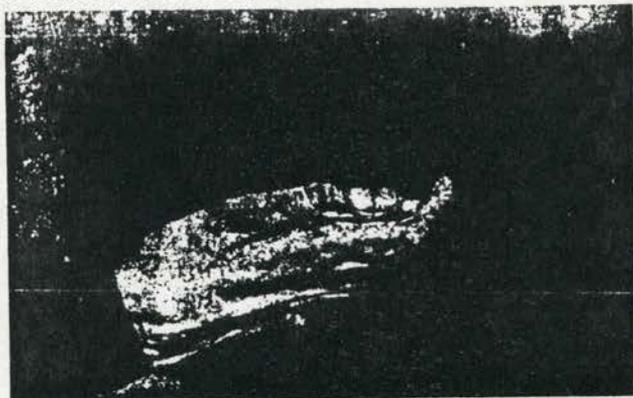
El segundo nivel quedó integrado por dieciocho entierros (5, 8, 9, 12, 13, 15—18, 25, 26, 28—33 y 39), la mayoría en regular y buen estado de conservación. En él se localizaron ya los cuerpos momificados—completa o parcialmente—, algunos con restos de piel o cuero cabelludo; aunque también hubo exclusivamente restos óseos. Se volvió a enterrar casi el total de los féretros y/o sus contenidos, después de tomar los datos necesarios de cada uno. Por lo general las cajas se encontraron intactas de sus lados y sus tapas, pero la mayoría con los fondos desintegrados o en proceso de desintegración. Otra aclaración válida, es señalar que varios ataúdes fueron rotos parcial o totalmente al hacer sobre ellos nuevos enterramientos, a tal grado que se pudieron localizar cajas incrustadas en las del nivel inferior.

El tercer grupo y el más superficial lo componen los 11 entierros restantes (1—4, 6, 7, 10, 20—22 y 27), la mayoría en perfecto estado de momificación y con-

Cabe señalar que los 39 entierros excavados se encontraron ordenados con la misma orientación: este—oeste y con la cabeza más levantada, es decir, con los pies hacia el altar, de donde el cura local presbítero Humberto Limón Lascuráin, considera que: "es probable que debajo del piso del presbiterio puedan hallarse los restos de algún o algunos jerarcas de esta iglesia, que hubieran muerto en el lapso en que tales entierros se hicieron. De ser así, la orientación de sus cuerpos—supuestamente— tendría que ser contraria a la de los parroquianos: dándoles frente a su grey" (comunicación personal). Hecho que de por sí confirma el simbolismo de la orientación del templo. No se exploró ningún otro lugar que el descrito.

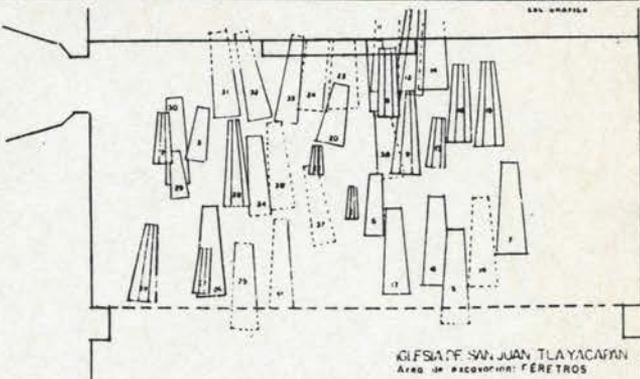
Prácticas funerarias y momificación

Es bien sabido que durante la época colonial, en la mayoría de los atrios de iglesias y conventos se efectuaron entierros humanos, por considerar a estos espacios "campos santos" (camposantos). No obstante, las familias pudientes buscaron siempre para sus difuntos un lugar adentro de los templos mismos, de preferencia el más cercano al altar, con la idea—tal vez— de que fueran "los primeros en ser reconocidos al momento de la resurrección". Sin embargo es imposible dejar de imaginar que con estas inundaciones al interior de las iglesias solamente se procurara que los cuerpos "descansaran en la casa de Dios", ya que además se obtenía para sus deudos la tranquilidad y seguridad del resguardo que estos recintos podían ofrecer a sus parientes muertos, en contra de robos y profanaciones.



servación, pertenecientes a niños de uno y otro sexo: entre 1 y 12 años de edad más o menos, con sus vestimentas, adornos y cajas pintadas, intactas. Evidentemente este fue el último momento de entierros y asimismo la causa de la ruptura de algunos anteriores. Se hallaron dos casos en los que había una caja directamente sobre otra (entierros 26 y 27), como si hubieran sido enterradas simultáneamente, argumento poco probable o difícil de esclarecer. Por otro lado, este tipo de superposiciones pudiera comprobar la información de que había un lugar especial reservado para algunas familias, al interior de la iglesia.

Del conocimiento de tal costumbre ahora se sabe el lugar físico dentro del templo, ocupado por un jefe de familia de cierto linaje; durante las funciones religiosas, le era reservado—mediante el pago correspondiente—para la inhumación de sus restos y los de sus familiares. En el devenir histórico de México, eventos tan importantes para el país como las Leyes de Reforma (1855—1864), repercutieron necesariamente en dichas costumbres europeas—impuestas por medio de la religión a criollos, indígenas y mestizos— por lo cual las nuevas disposiciones dieron por terminada la idea de un fuero particular y elitista de la Iglesia.



con la terminante prohibición de efectuar entierros en el interior de los conventos, templos o atrios, y el establecimiento de los panteones municipales.

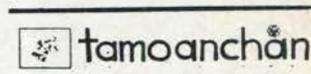
Es muy probable que de acuerdo a la costumbre descrita, la mayor parte de las iglesias coloniales tuviera sus pisos de tierra, cubiertos con tabloncillos de madera, para facilitar los enterramientos, aunque posiblemente también se fomentara la proliferación de epidemias. El piso original de la iglesia de Tlayacapan debió ser de este tipo, ya que existe bajo el piso actual, parte de una estructura que bien pudo recibir un enterramiento. Posteriormente se le puso loseta de barro y después mosaico y cemento.

Por lo anterior resulta evidente que el hallazgo de entierros en Tlayacapan no representa ninguna rareza entre las costumbres del país durante la Colonia. El otro factor, la momificación y todo el escándalo que igualmente produjo, es una circunstancia que con todo lo irregular posible no es de ninguna manera inexplicable. Se trata de un fenómeno espontáneo o natural (no provocado) de deshidratación de cuerpos humanos, como resultado de condiciones ambientales muy concretas que permitieron la pérdida acelerada del agua contenida en los tejidos orgánicos, antes de que éstos llegaran a descomponerse por la acción bacteriana y la proliferación de hongos. En efecto, la temperatura ambiental y el tipo de suelo son los dos factores determinantes para lograr una deshidratación adecuada y con ella la momificación de un cuerpo, la iglesia de Tlayacapan ofrece esa situación ideal: un clima cálido y seco, constante, y un suelo con alto contenido de sales minerales—especialmente nitratos—, los cuales facilitan el fenómeno. Aquí cabe recordar la presencia de cal en los entierros del nivel más profundo, lo que sin lugar a dudas debió colaborar igualmente en el desarrollo del proceso.

Un aporte trascendental de este descubrimiento es que aumenta el catálogo de lugares con entierros momificados registrados hasta el momento, entre los que destacan las momias del Convento de El Carmen, en San Angel, DF; las de Guanajuato; las de Santa Elena, en Yucatán; asimismo pueden incluirse las evidencias prehispánicas—e indígenas más recientes— de momificación natural, localizadas en el norte de México; la Cueva de la Candela-

ria en Coahuila; las de Yécora en Sonora; otros descubrimientos aislados en Chihuahua y la Península de California; y ahora las de Tlayacapan en Morelos. Evidentemente la lista incluye sólo lo más espectacular o mejor conocido, aparte de la lista de iglesias y conventos con entierros comunes y corrientes; pero falta mucha investigación, mayor interés por el tema y otros hallazgos fortuitos como el presente.

Para lograr lo anterior se necesita hacer conciencia sobre lo significativo que pueden ser los datos científicos que un cuerpo momificado ofrece, puesto que es fuente primaria de información para la medicina, la bioquímica, la antropología, la sociología y la historia, especialmente si estos datos son apoyados con sólidos análisis químicos, radiológicos, documentales y bibliográficos. De esta manera los resultados que se obtienen pueden servir, por ejemplo, para reconocer padecimientos en el hombre, la antigüedad de estos padecimientos y su frecuencia en determinadas edades clave; los problemas que los causan, así como la identificación de algunos virus no conocidos. Igualmente, el estudio de momias puede ayudar en la detección de algunas características físicas de población, costumbres, indumentaria, ideas sobre la muerte y aún datos sobre estatus social. En el caso de Tlayacapan falta casi todo por hacer en relación con sus momias, pero algunas características observadas ya pueden difundirse.



Suplemento dominical editado por El Regional del Sur

Epoca II- Año II- Tomo II- Núm. 86

Domingo 11 de marzo de 1990.

Director General:
Efraín E. Pacheco Cedillo
Subdirector:
Trinidad Padilla Barragán
Coordinador:
Alberto Millán Toledo